

“... os conviene que yo me vaya...” (Juan 16,5-11)

Durante este tiempo las lecturas del Evangelio hacen referencia a cómo Jesús fue preparando a los suyos antes de regresar al Padre. Les reafirma en su fe y les asegura que, aunque se va, no les dejará solos. *“... si no me voy no vendrá a vosotros el Defensor. En cambio, si me voy, os lo enviaré.”*

Poco convincentes resultarían sus palabras ya que los suyos sólo entendían su presencia cercana y cotidiana. Más de uno se preguntaría, ¿cómo es eso que “nos conviene” que se vaya?

No acabarían por entender estas palabras sino después de Pentecostés. Entonces sabrían que Jesús se quedaba por siempre entre ellos por su Espíritu, sin limitaciones de tiempo y espacio.

Una ausencia-presencia que da un nuevo protagonismo a los seguidores de Jesús. No cuentan con la certeza de su voz y de sus gestos pero pueden escucharlo en las inspiraciones del Espíritu. Ello requiere una actitud de escucha y de profundidad en la búsqueda del bien y la verdad.

Esta actitud de Jesús ilumina el deber ser de todo aquel que testimonia y anuncia su Reino. Su presencia tiene que ser lo suficientemente discreta como para permitir el encuentro de la persona con el Espíritu de Jesús. No se trata de ocupar el lugar del Espíritu convirtiéndonos en referentes de un supuesto seguimiento de Cristo. Es lo que suele ocurrir frente a un liderazgo que acapara el pensar, sentir y actuar de las personas. No es al Espíritu de Cristo a quien se sigue en tales circunstancias.

El desafío de libertad y claridad es doble: el líder debe saber hacerse a un lado, “irse”, para dejar paso a la acción inesperada del Espíritu, el discípulo debe asumir la responsabilidad del seguimiento sin pretender que el líder (director espiritual, fundador...) sea quien le señale al detalle el camino a seguir.

Reflexionar esta Palabra en clave de Hospitalidad implica asumir el desafío de abrirnos a la acción del Espíritu Santo. La última palabra de cara a la fidelidad creativa al carisma no la tiene el Fundador, sino la Comunidad Hospitalaria abierta al Espíritu. Un gran riesgo y una gran responsabilidad que no podemos disimular refugiándonos en una actitud marcada por la indecisión o la falta de asertividad institucional y personal.

El Señor nos ha dejado su Espíritu. En él y por Él debemos renovar día a día nuestras respuestas a las llamadas del Reino. Escuchar esta llamada cuando la congregación está viviendo su vigésimo Capítulo General tiene una especial significatividad.

